LoS CoNteM poRa nEoS

LA DEMOCRACIA DE FONDO

HACE unos días oí en Radio Nacional de España, en una emisión dedicada a la alta cultura —el Tercer Programa—, cómo un conferenciante explicaba que la mejor manera de contener el impulso sexual de la juventud era obligarla a hacer deporte. Es algo tan incongruente como decir que para contener los impulsos deportivos de la juventud hay que obligarla a practicar las relaciones sexuales, aunque esta solución sería mucho mejor para la vida nacional. Pensar que hace sólo unos días —una semana— se repetía aún con seriedad y con énfasis algo tan desprestigiado y fuera de lugar científico que tuvo su auge hace más de cincuenta años (en Marañón: "Sexo, trabajo y deporte", donde recogía las teorías conservadoras de la sublimación: y ya se sabe que el sexo no se sublima), es absolutamente inquietante. No hay más que ver cómo está el deporte en España. Si de verdad se hubiese sustituido la política por el deporte, el hambre por el deporte, la cultura por el deporte, el deporte sería en España una especialidad. Somos los últimos. Los primeros son los de aquellos países donde el sexo, la cultura y la política no se han sustituido por nada. Porque todo forma parte de un contexto. Pero por algunas razones misteriosas, los hombres del Movimiento tuvieron una confianza casi mágica en el deporte. Todavía no hace mucho tiempo que uno de ellos (un tal Solís, que fue muchos años ministro de varias cosas) pretendía sustituir el latín por el deporte. La idea de sustituir el Movimiento por el deporte no se le ocurrió a ninguno (el Movimiento se ha sustituido por el movimiento).

La inquietud que produce la frase es la de ver que en muchos campos de la expansión de las ideas estamos todavía en manos de viejos oscurantistas que se atienen a fórmulas necias de la sociedad. Viejas y desgastadas fórmulas. En su fondo, hay un odio permanente a la vida. No basta con las urnas, y cada día se ve más que no basta con ellas: el problema está en una impregnación de mitos y falsedades. No es que el pensamiento español se haya estancado: es que ha vuelto atrás. Una editorial publica ahora un libro de Hildegard —la asesinada por su madre, la que ha sido biografiada recientemente por Eduardo de Guzmán y ahora en el cine por Fernán-Gómez, en una película que aún no se ha estrenado— sobre los problemas sexuales de la juventud: tenía dieciséis años cuando lo escribió, antes de la guerra, y cuando estaba en auge el sistema represivo de Marañón: con más de cuarenta años de tiempo transcurrido, ya iba mucho más allá de estas bobadas pseudocientíficas de la sublimación por el deporte.

¿Qué tiempo se necesitará para poner de nuevo al día el pensamiento español? ¿Existirá alguna vez el pensamiento español? ¿Cuántas elecciones legislativas tienen que transcurrir antes? ¿Cuántos ministros de Educación, cuántos de Información, cuántos directores de Tercer Programa tendrán que sucederse en su cargo? ¿Se comprenderá alguna vez que nada se sustituye por nada, nada se contiene por nada?

Son preguntas más bien desalentadoras. Por lo menos para quienes no tenemos ni siquiera la sospecha de cómo se pueden responder. Es muy difícil desterrar la tontería, el error, la ceguera, la superstición, el mito, la mentira cuando se han hecho norma y sistema de un país y cuando nadie parece demasiado interesado en ello.

POZUELO

El "Eurocomunismo" en España

La distancia del

DE la prolongada presentación que hizo José Sandoval del libro de Santiago Carrillo **"Eurocomunismo" y Estado,** cabría retener en primer término la inclinación a confrontar la redacción de la obra con las circunstancias que en el verano de 1917 acompañaron el nacimiento de **El Estado y la Revolución de Lenin.** Pero por debajo de los paralelismos formales, peluca y clandestinidad incluidas, Sandoval tendía a poner de relieve algo en lo que después habrá de insitir el propio Carrillo: el pensamiento marxista opera con conceptos históricos, y no es un conjunto de proposiciones fijadas para siempre, que han de proyectarse sin modificación alguna sobre cualquier tiempo y situación. Y, claro es, la coyuntura revolucionaria rusa de 1917, bajo los efectos de la derrota militar, tiene poco que ver con las exigencias de los países industrializados en la Europa occidental de los setenta. Por no hablar de las perspectivas de transformación revolucionaria a corto plazo en la España actual, aplicando sin más el modelo leninista. La orientación "eurocomunista" del PCE tendría en cuenta, por añadidura, el valor positivo y negativo, según los aspectos, de la experiencia soviética. Determinados planteamientos de Lenin sobre la dictadura del proletariado han de revisarse en profundidad, a la vista de unas desviaciones en la construcción del Estado obrero, que el XX Congreso del PCUS sólo hizo apuntar, pero sin corregirlas en absoluto. En especial después del aplastamiento de la experiencia checoslovaca, la integración de la democracia en un modelo de transición al socialismo no significa como antes una subordinación a los planteamientos ideológicos de la burguesía. La democracia es a un tiempo la garantía contra un retroceso a formas políticas autoritarias, mucho más lesivas para los derechos individuales que el Estado parlamentario burgués, y una salvaguardia para las propias fuerzas obreras integradas en el proceso revolucionario (recordemos la destrucción sistemática por Stalin del partido bolchevique).

Sobre estos fundamentos, la revisión eurocomunista intenta adaptarse a las condiciones económicas y políticas de las sociedades europeas occidentales. En este punto pasan a primer plano las posibles divergencias entre las estrategias de los partidos implicados en dicha línea. No son idénticas las circunstancias de un PCI, próximo a alcanzar una posición hegemónica tras décadas de lento progreso en el sistema político italiano; las de un PC francés, también muy próximo al poder, y las del PC español, trabajosamente salido, apenas hace unos meses, de una larguísima clandestinidad, en la que por añadidura había sido presentado recurrentemente y por todos los medios a disposición de un poder totalitario como el gran enemigo de la colectividad en que habría de insertar su práctica. La solidez de su militancia y el alcance de su implantación en la clase obrera no fueron bazas suficientes para compensar el "handicap" de ese anticomunismo sobreimpuesto en tantas capas sociales españolas, del que llegan a participar por otra vía sectores de la "inteligencia" radical inclinados a conciliar formas de existencia burguesa logradas con el "boom" de los sesenta y un verbalismo revolucionario que a nada compromete. La tendencia generalizada a dar lecciones de revolución y de marxismo a la clase obrera (y al PC) ha tenido su expresión última en el juego a que se han entregado algunos periódicos "independientes", resaltando una y otra vez con insistencia cargada de connotaciones peyorativas cada rasgo de "moderación antimarxista" del discurso PC, apoyándose a este fin en un esquema de referencias escolásticas, cuando no en un contraste simplificador respecto a las posiciones del partido en los años cincuenta o sesenta. ¡Aún no se han apagado los ecos de la campaña sobre las "pruebas de democracia" que había de dar el PC, cuando los mismos censores liberales comienzan a exigir pruebas de "marxismo-leninismo".

En definitiva, lo anterior sólo nos interesa en la medida que es un reflejo de las condiciones singularmente difíciles en que se sitúa la acción del PC en España. Pero puede ser al mismo tiempo una explicación de la cautela que guía el discurso de Carrillo en las páginas de **"Eurocomunismo" y Estado.** En su disertación del Eurobuilding, explicaría el secretario general del PCE que muchas insuficiencias de su libro pueden achacarse a las condiciones de su redacción, en la clandestinidad forzada de 1976, truncándose además su trabajo con la detención de diciembre. Muchos temas quedaron entonces en simple esbozo. Pero, a nuestro juicio, hay algo más. Comparando la línea argumental del libro de Carrillo con un estudio paralelo elaborado por tres dirigentes del PCF **(Les communistes et l'état,** de J. Fabre, F. Hincker y L. Sève), y salido a la luz pública por las mismas fechas,